

La conquista, pérdida y recuperación del Paraíso

ALFREDO ANTONIO FERNÁNDEZ PÉREZ

I

Seguramente los lectores advertirán la semejanza del título del presente artículo con los que el poeta inglés John Milton bautizara sus más importantes libros de poesía: *El paraíso perdido* y *El paraíso recobrado*. No ha sido resultado de la casualidad la elección del título del tema. En agosto de 1498, Cristóbal Colón, durante su tercer viaje a las Indias, exaltado por la visión de la isla de Margarita en la proximidad de la costa de Venezuela, proclamó que había llegado al Paraíso Terrenal. En ese instante, nada indica que el Almirante estuviese loco. Pero sí hay testimonios que aseguran que, a los sesentaidós años de edad, padecía de artritis y lo que era mucho peor en un marino como él: sufría de inflamación en los ojos.

ALFREDO ANTONIO FERNÁNDEZ PÉREZ,
*Profesor-investigador cubano
invitado en la Facultad de
Humanidades de la UAEM.*

Colón hizo esta afirmación basado en la lectura de pasajes bíblicos. Sin embargo, en los diferentes capítulos del Génesis —primer libro de la Biblia—, el Paraíso habitado por Adán y Eva no se puede localizar en un lugar determinado y es más bien propia su existencia en la imaginación de los lectores que en la realidad.

Al asegurar Colón que la isla Margarita y los territorios cercanos eran el Paraíso, este, por vez primera, encontró lugar y acomodo en la geografía universal. Pero incluso así, tanto en los viajes anteriores al descubrimiento de la isla Margarita —viajes I y II— como en el cuarto y último viaje, el Almirante siguió llamando a la totalidad de las tierras descubiertas con el calificativo de: Otro Mundo. O lo que es igual, el territorio recién descubierto aún carecía de nombre propio. Y lo que debió ser aún más terrible para Colón en sus últimos años de vida, morir con la duda de si las tierras encontradas eran o no las de la India, el Japón o la China, o si se trataba de otro continente.

Dos años después de ocurrida la muerte de Colón, en 1507, un profesor de origen germánico, radicado en la región de Lorena, publicó un folleto en latín. Iba ilustrado con un curioso mapa del mundo en el que el actual territorio de América del Sur aparecía reconocible con el nombre de América.

Explicaba el profesor:

Ahora estas partes de la tierra han sido extensamente exploradas y una cuarta parte fue descubierta por Américo Vespucio; dado que Europa y Asia recibieron de mujeres sus nombres, no veo por qué razón alguien objetará llamar a esta parte del mundo América, es decir, la tierra de Amerigo, por Américo Vespucio, su descubridor, hombre de gran capacidad.

Si se sigue con atención la lectura del párrafo que escribiera el profesor germánico Waldseemüller, se percatarán de lo efímera que resultó la gloria del descubrimiento realizado por Colón. Nada más con haber explorado la cuarta parte de aquel inmenso territorio el

nombre del cartógrafo italiano Américo Vespucio pasó a ser el que recibieran las tierras del "otro mundo" de Colón, que a partir de ahora se nombró "Nuevo Mundo", y comenzaba a ser llamado América, es decir, de él, Amerigo, y no de Colón, que resultó a la postre la primera víctima; el primero que conquistó el Paraíso y lo perdió sin ulterior derecho a reclamación.

Con esta introducción al tema, es posible que cualquier lector dude de la existencia de justicia en la historia universal, y comiencen a pensar que la literatura, es decir, la ficción de tipo histórica, pueda contribuir a rescatar figuras singulares y notables acontecimientos ubicándolos en una más justa posición. Al respecto, y con relación a la figura de Colón, valdría la pena mencionar las obras que en los últimos años escribieron tres de los más destacados novelistas hispanoamericanos: el cubano Alejo Carpentier (*El Arpa y la Sombra*); el argentino Abel Posse (*Los Perros del Paraíso*) y el paraguayo Augusto Roa Bastos (*La Vigilia del Almirante*). Estas tres obras, sin lugar a dudas, podrían inscribirse en la perspectiva de conquista, pérdida y recuperación de la historia a través de la literatura.

Con el transcurso del tiempo, 1492 ha devenido una de las fechas más polémicas de la historia universal. Precisamente, hace dos años surgió en algunos medios académicos la idea de celebrar el Quinto Centenario del Descubrimiento de América, olvidando que el empleo de la

palabra Celebración subraya el propósito empresarial y colonizador de los diferentes viajes de Colón y de los conquistadores que le siguieron, el exterminio de miles de indígenas y la destrucción sistemática de las grandes culturas americanas que, como las de los incas, aztecas y mayas, contaban casi mil años de existencia antes de la llegada de los europeos.

Dejando a un lado el hecho casual del Descubrimiento de América —Colón, en realidad, buscaba las tierras de Asia—, 1492 es la fecha en la que nace Bernal Díaz del Castillo, quien, andando el tiempo, resultaría ser el autor del libro *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, el más detallado, pintoresco y emocionante relato de las hazañas españolas en tierra americana. Como el personaje de

El Quijote, Bernal fue, en su juventud, un exaltado lector de novelas de caballería, y su vida posterior en tierras de América no fue otra cosa que una extensa novela en la que él, Bernal Díaz del Castillo, como un singular Amadís de Gaula participó en 120 batallas, recibió muchas heridas, amó hermosas mujeres y estuvo a punto de ser capturado por enemigos que practicaban sacrificios humanos.

De regreso en España, a los setenta años de edad, rodeado de hijos, nietos y de los recuerdos de su estancia en el sitio y batalla de Tenochtitlan, cuando todos suponían que Bernal descansaría en paz los últimos años de su vida, emprende una nueva batalla, esta vez no con la espada sino con la pluma y escribe su *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, movido por la intención de

restituir parte de la verdad de lo ocurrido, al menos, poder expresar su verdad, su opinión, en contradicción con las verdades de otros. Este hecho, sin dudas, extraña la práctica de la democracia en el ámbito de la historia. Bernal, puede que sin saberlo, al escribir su *Historia verdadera*. . . dio inicio en América a uno de los más singulares procesos de la política universal, el de la escritura y reescritura de la historia según aparecen y desaparecen los gobiernos.

Contrariado porque un antiguo sacerdote de la tropa de Hernán Cortés, llamado Francisco Lope de Gómara, había escrito una obra titulada *La Historia de la Conquista de México*, en la que el principal



protagonista de todos los hechos era el jefe, es decir, Hernán Cortés, hasta el punto de transformar lo ocurrido en una Historia Oficial, Bernal Díaz, viejo y enfermo, emprende su última batalla por la democracia oponiéndose al viejo dogma histórico recién establecido. A su manera, sin saberlo, intenta recuperar para la narrativa de ficción histórica el Paraíso Perdido en la versión de la Conquista de México por López de Gómara

II

En el año de 1607, los ingleses fundaron Jamestown, su primera colonia en el territorio de Norte América. Un siglo antes, los españoles se habían establecido en México, Centro y Sur América. Desde las islas de Las Antillas, habían llevado a cabo sucesivas exploraciones y conquistas del territorio ocupado por los indígenas en Norte

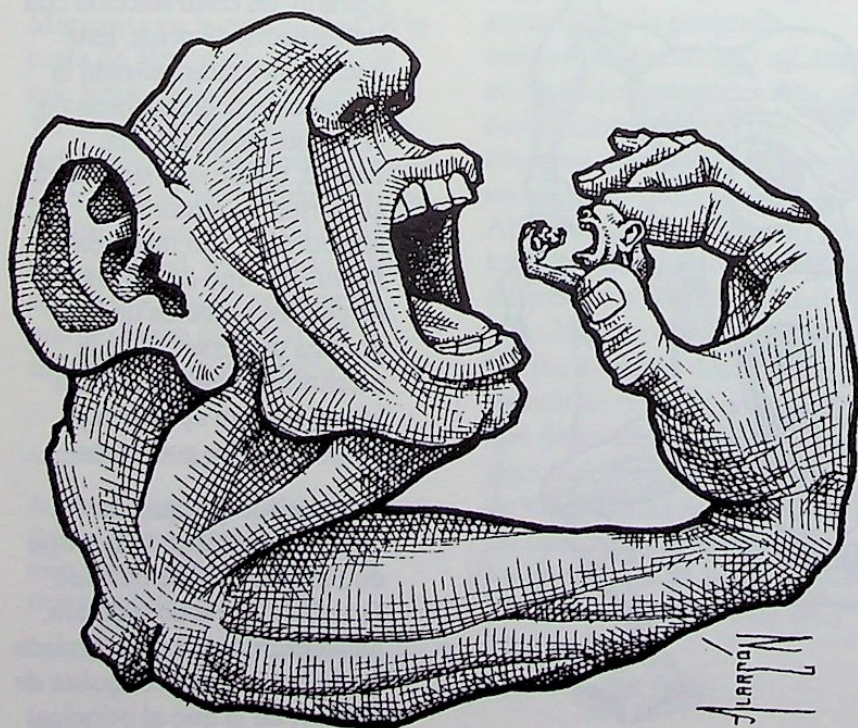
América. No faltaron mitos, como el de la existencia de la famosa Fuente de la Juventud ubicada en las aguas terminales del río Mississippi que alentara las expediciones de Hernando de Soto y Ponce de León en tierras y pantanos de la Península de la Florida.

Las tierras de América siempre han sido motivo de asombro para españoles, portugueses, holandeses, franceses e ingleses. En América, el mundo europeo parecía encontrar viejas y olvidadas leyendas de fuerte sabor medieval como las que proclamaban la existencia de ciudades con edificios y muros recubiertos de oro; la presencia de amazonas y gigantes, etcétera.

Pero también (re)nació en América uno de los mitos más importantes de la historia universal: el de la existencia de una ciudad de organización social perfecta, una civilización en la

que la justicia social y un orden igualitario reportaban paz y bienestar a todos los ciudadanos. Ese sueño, aún pendiente de realización para la humanidad, tuvo un nombre: Utopía. Tomás Moro, célebre político de la monarquía inglesa y escritor, publicó en el año de 1516 su célebre obra *Utopía*. El narrador del cuento, supuestamente, había acompañado a Américo Vespucio en un viaje al Nuevo Mundo, y había encontrado el Estado ideal en una isla llamada Utopía. Poco tiempo después, Tomás Moro, por contradicciones con la monarquía inglesa, fue decapitado (1535). Su intento de edificar un Paraíso de justicia social en tierras de América, aunque ilusorio y más bien propio de la literatura, fue seguido, algunos años después, de una acción similar emprendida por Vasco de Quiroga.

Empleando el célebre relato de Tomás Moro como Manual, fundó en las costa del Lago Pátzcuaro, México, una serie de "Comunidades de Inocentes" integradas por súbditos índios. Tanto amor y dedicación puso en la tarea el célebre obispo español Vasco de Quiroga que aún en el siglo XX quedan restos de aquellos poblados utópicos en el estado de Michoacán. Por lo que si bien Santo Tomás Moro perdió la cabeza en el intento de levantar una ciudad de justicia en tierras de América, otra figura religiosa, española en esta oportunidad, Vasco de Quiroga, años más adelante, logró poner fin a la humana tarea de que la isla de Utopía no sólo fuese ilusión sino realidad —Paraíso Recobrado— en las duraderas comunidades indígenas por él fundadas.



III

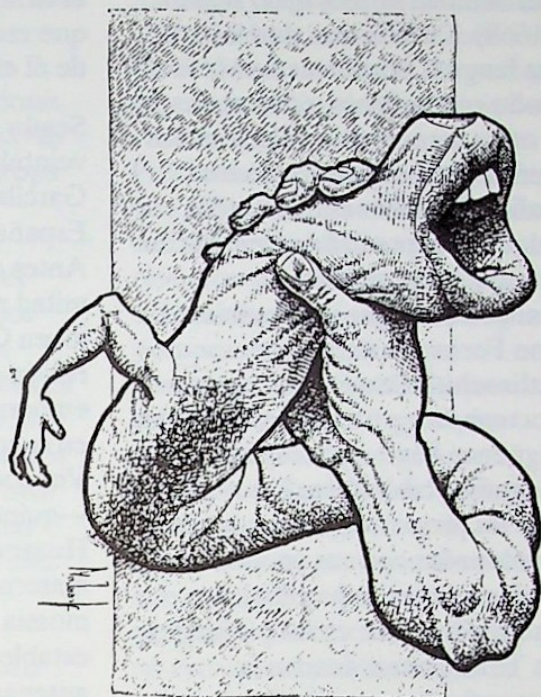
Los siglos XVI y XVII en América transcurrieron de forma muy agitada. A medida que se profundizaba la conquista de los territorios, de manera casi inmediata, se efectuaba la colonización de las diferentes regiones. La explotación de minas de oro y de plata, la ganadería, el cultivo del maíz, la caña de azúcar y el algodón fueron de las primeras actividades que conquistadores y colonos ordenaron realizar a sus nuevos súbditos, los indígenas americanos.

Durante el desarrollo de este proceso de colonización de marcado carácter feudal, se dieron casos singulares, como por ejemplo ocurrió con la conocida figura de Hernán Cortés. Después de haber realizado la hazaña de la Conquista de México, Cortés recibió en pago por sus méritos militares el título de Marqués de Oaxaca. Poca cosa con lo que en verdad le hubiera correspondido. Conjuntamente con el título de nobleza Cortés recibió algo más de 20 000 indios en situación de encomienda. Estos enormes repartimientos de indios para que trabajaran en condiciones poco menos que de esclavitud, a lo que debe añadirse las epidemias y las enfermedades y la destrucción física de pirámides y ciudades indígenas, fueron las principales causas de que transcurridos los dos primeros siglos de la llegada de los europeos a América, muy poco quedara en pie de aquellas milenarias culturas, y todas las historias que de ellas se contaban —tanto por indios como por europeos— contribuyesen a

conformar un mítico Paraíso Perdido después de finalizada la Conquista.

Lo interesante de la exposición que sigue es que, a partir de entonces, una vez finalizados los siglos XVI y XVII, dará inicio una lenta y detallada recuperación del Paraíso Perdido. . . Pero, esta vez, no serán europeos sino criollos, hombres y mujeres nacidos en América, hijos de europeos y de americanos indígenas los que conformarán la primera generación de intelectuales americanos.

En el año de 1700 moría uno de estos primeros sabios criollos cuya vida ejemplar estuvo por entero dedicada al estudio y a la acumulación de conocimientos de todo tipo: Carlos de Sigüenza y Góngora. Sigüenza y Góngora fue poeta, matemático, astrónomo, religioso, cronista, geógrafo, historiador, arqueólogo y literato. Junto a Sor Juana Inés de la Cruz, constituyen las dos figuras más destacadas de la cultura del Virreinato de Nueva España durante la etapa colonial. Hábil polemista, Sigüenza y Góngora confrontó sus opiniones sobre el origen y la naturaleza de los cometas con las del Padre Kino, de la orden de los jesuitas. Mientras que Kino defendía una explicación religiosa de los fenómenos de la naturaleza, Sigüenza y Góngora argumentaba que tanto los eclipses de Sol y de



Luna como el paso de los cometas tenían un origen natural y no sólo podían ser vaticinados sino calculadas sus ocurrencias por medio de cálculos matemáticos.

Aunque Sigüenza escribió sus libros durante la segunda mitad del siglo XVII, su espíritu es el de un hombre del Renacimiento. Y en muchas de las páginas que escribió se puede advertir el eco de las palabras de los grandes hombres de ciencia de la modernidad, como Descartes, Galileo, Kepler y Copérnico. Sin embargo, el punto central que nos ocupa en esa oportunidad no se encuentra, precisamente, en los diferentes libros de Ciencias escritos por Sigüenza sino en los de Humanidades. Sus estudios de las civilizaciones pre-hispánicas de México que con el transcurso del tiempo llegaron a ser autoridad indiscutible, fueron

iniciadas en el año de despedida del Seminario Teológico Jesuita (1668). Debido a su dominio de las lenguas primitivas de México, pudo reunir libros, códices, mapas y otros manuscritos relacionados con la antigua cultura de los indios. Posiblemente en 1670, adquirió la preciada colección de documentos, apuntes y traducciones que pertenecieron a don Fernando de Alva Ixtlixochitl. Con estos documentos y otras adquisiciones, Sigüenza llegó a poseer una magnífica biblioteca. Las noticias que les proporcionaron sus libros, combinadas con sus propias exploraciones arqueológicas, particularmente en las pirámides de Teotihuacan, fueron la sustancia de monografías de indudable importancia, de las que, en su mayoría, sólo queda el nombre. Sus libros titulados *Historia del Imperio de los Chichimecas*, *Ciclografía mexicana*, *La genealogía de los reyes mexicanos*, *Calendario de los meses y Fiestas de los mexicanos*, constituyen el mejor aporte que Sigüenza pudo hacer a la "Recuperación del Paraíso Perdido", en este caso, el de la historia de los indios que habitaban porciones del territorio de México antes de la llegada de los españoles.

No podía faltar en la relación de individuos que con la pluma, la cruz o la espada conquistaron, perdieron y recuperaron el Paraíso de América, la mención de los incas y del hombre que recuperaría en sus escritos parte del esplendor del Imperio incaico. Este hombre fue un mestizo, hijo de capitán español de noble linaje que participó en la Conquista de una princesa peruana. Lo

llamaron Garcilaso de la Vega, y el tiempo y los numerosos libros que escribió, acabaron por hacer de él el Inca Garcilaso.

Según sus biógrafos, al cumplir veintiún años de edad, el Inca Garcilaso decidió conocer España, la tierra de su padre. Antes de partir, en busca de la mitad perdida de su origen, el joven Garcilaso decidió visitar las recién descubiertas momias de los emperadores incas. Garcilaso vio, en sucesión, las momias de Viracocha, Tupac Yupanqui —quien fue su bisabuelo— y Huayna Capac, su tío abuelo materno. Muy conmovido, tocó la momia de este último, como para establecer contacto con un antepasado venerable.

En España, Garcilaso, como hombre del Renacimiento, siguió la carrera militar, paralelamente a la literaria. Se hizo, pues, soldado y poeta. Allí, en España, conoció la política genocida que el Virrey de Perú seguía contra sus hermanos y la labor de difamación emprendida contra la civilización incaica por parte de los funcionarios al servicio de la Corona. La acumulación de mentiras arrojadas sobre la memoria de los antepasados del Inca Garcilaso, la noticia de la muerte de su madre, y su desilusión de España, motivaron que en ese año de 1572 Garcilaso jurara que antes que el recuerdo de las costumbres, la religión y los hechos de sus antepasados se desvanecieran, él, Garcilaso de la Vega, el Inca, los registraría para la posteridad.

El resultado final estuvo a la vista en el año 1609, fecha de la aparición del libro *Comentarios Reales del Origen de los Incas*,

obra en la que su autor, el Inca Garcilaso de la Vega, había trabajado cerca de cuarenta años consecutivos, cumpliendo así la promesa de recuperar a través de la literatura y de la historia, el Paraíso que sus antepasados los Incas perdieron violentamente a manos de los españoles.

El Inca Garcilaso de la Vega murió en el año 1616 dejando atrás cumplido el mayor empeño de su vida: restituir lo que él estimaba era la verdadera gloria del Imperio de los Incas. Paradójicamente, ese año de su muerte, 1616, fue también el de la desaparición física de los dos más grandes escritores europeos del mundo moderno: el inglés William Shakespeare y el español Miguel de Cervantes. Aunque ninguno de los dos visitó América, sí conocemos que se mantuvieron al tanto de lo que acontecía en las tierras recién descubiertas del otro lado del Atlántico.

William Shakespeare, en una de sus últimas tragedias, titulada *La Tempestad*, a su manera (re)escribió la Utopía de Moro, situando en una desierta isla de Las Antillas a sus principales personajes: Próspero, Calibán y Ariel, los cuales, en largos diálogos y confrontaciones debaten interminablemente el tema universal de la civilización y la barbarie.

Cervantes, por su parte, en muchos de sus relatos hace mención de América, y sabemos que en cierto momento difícil de su vida estuvo a punto de ser juzgado por un Tribunal de la Inquisición debido a una denuncia por robo de varios sacos

de harina de trigo, razón por la cual, previsoramente, incluyó su nombre en una de las listas de posibles pasajeros a América que se confeccionaban en Sevilla.

Con estos y otros datos singulares bien podría proponerse la escritura de una novela pos-modernista en la que el más importante escritor de América colonial, el Inca Garcilaso, y los dos más grandes escritores de la Europa moderna, Shakespeare y Cervantes, desde diferentes puntos de vista, conquisten, pierdan y recuperen el Paraíso de América.

IV

Durante el transcurso del siglo XVIII, en América se establecerá una batalla, a veces con gritos de rebeldía y otras con silencio cómplice entre dos fuerzas en pugna: lo que Europa desea imponer en América y lo que América restablece debajo de

órdenes y de jeraquías. Ejemplo elocuente de lo anterior lo serán las construcciones arquitectónicas, tanto las de carácter civil como las religiosas. En México, si bien el barroco es el estilo proveniente de Europa que domina, incorporará materiales de construcción propios del país, como son el tezontle, la piedra chiluca, los mosaicos y los azulejos. Los interiores de iglesias y catedrales se cubrirán de ornamentación religiosa realizada por artesanos indígenas que en sus diferentes trabajos promoverán variadas esculturas de yeso cubiertas con pinturas de gran colorido.

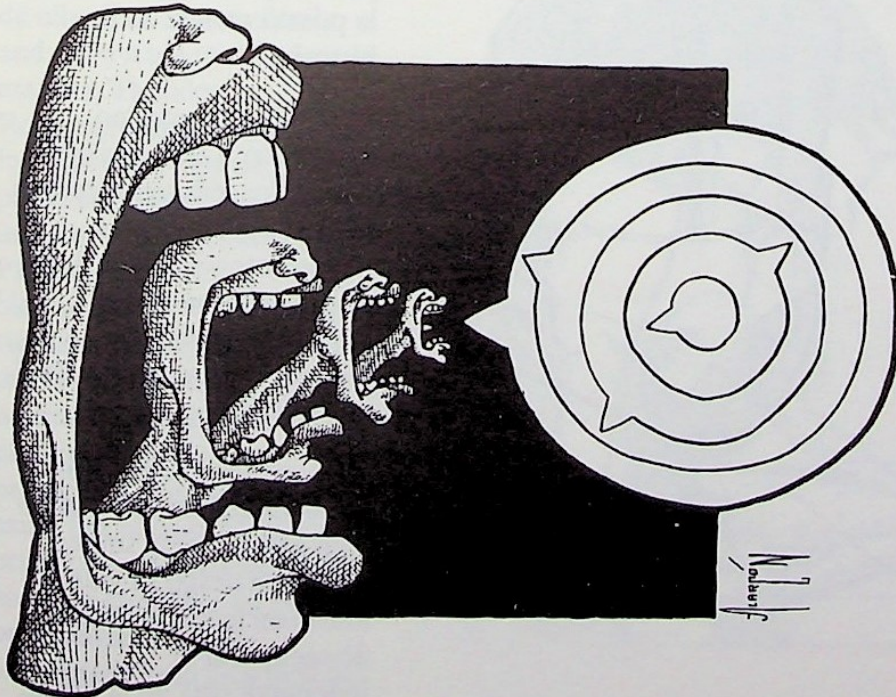
Y no sólo fue México el único lugar de América en el que la imaginación artística de los indios sobrepasó la simetría del planeamiento arquitectónico europeo. En Colombia, en Ecuador, en Perú y en Bolivia abundan las fachadas de las iglesias adornadas con ángeles que sostienen maracas entre sus

manos, diversas imágenes del Arcángel Gabriel que recuerdan al último Inca mezcladas con esculturas de mazorca de maíz y enredaderas de plantas tropicales.

Precisamente, porque la América que conquistaron se les escapaba de las manos debido a las revueltas de indios y a las sublevaciones de esclavos negros y empezaba a ser otra o a parecerse demasiado a la que existía antes de su llegada, las diferentes potencias europeas enviaron a América una gran cantidad de geógrafos y de exploradores, para que al menos, con el (re)descubrimiento de la geografía con fines científicos y no estrictamente de conquista militar, el continente americano que se les escapaba de las manos volviese a pertenecerles.

En este sentido, se deben mencionar los nombres, quizá poco conocidos, de los hermanos Jorge Juan y Antonio de Ulloa, figuras científicas de la Ilustración europea que por mandato de la Corona española durante más de once años recorrieron interminablemente el espacio geográfico de la América del Sur. Resultados de sus numerosos viajes de exploración, lo es la obra *Un viaje a la América del Sur*, publicada a mediados del siglo XVIII, y que fue rápidamente traducida al alemán, francés, inglés y holandés. Durante gran parte de su recorrido por América, los hermanos Ulloa lo hicieron acompañados del sabio francés La Condamine.

Este viaje precursor, sirvió más tarde de estímulo al que realizara, a principios del siglo XIX, el sabio alemán Humboldt, calificado con



entera justicia como "segundo descubridor de América". Y no debemos olvidar el viaje alrededor del mundo —con América como principal punto de referencia— realizado por el pirata inglés Francis Drake, y los de su compatriota, John Hawkins —no menos pirata que el primero— que atacó innumerables veces los barcos expedicionarios españoles del Nuevo Mundo. Ellos, los piratas, a su manera también conquistaron, perdieron y recuperaron el Paraíso de América.

V

El siglo XIX será el siglo de la independencia de los diferentes países latinoamericanos. Ni siquiera los intentos de reforma económica y política realizados por la Monarquía española, en época del rey borbón Carlos III, pudieron frenar la influencia de las nuevas ideas provenientes de las revoluciones francesa y americana y la decisión de liberar al continente del colonialismo europeo que tuvieron líderes políticos como Miranda, Hidalgo, San Martín, L'Overture y Bolívar. Particularmente, Bolívar merece atención en la mención de uno de sus documentos fundamentales: la *Carta de Jamaica*. Escrita en 1815, en ella el futuro libertador de Venezuela señala los puntos fundamentales que guiarán su futura actuación.

La *Carta de Jamaica*, por una parte, es una profecía en la que Bolívar, recién

comenzada la lucha por la "Recuperación del Paraíso de América", al mismo tiempo que se muestra seguro de alcanzar la victoria anuncia con enorme anticipación las posibles causas que pueden motivar en el futuro que el recién recuperado Paraíso pueda nuevamete perderse.

Bolívar se mostraba partidario de que una vez concluida la independencia, se organizase un Estado poderoso, centralizado, que abarcara en conjunto la casi totalidad de las repúblicas latinoamericanas. Pero, al mismo tiempo, dudaba que fuera posible, y calificaba la idea de sueño utópico. Sin embargo, su lealtad a la causa de la independencia de América Latina no disminuyó, aunque estaba conciente de que al final su ideal puede que no se cumpliera.



Como el mismo advirtió, en México, en lugar de república independiente, se estableció una Monarquía; Centroamérica, integrada por cinco repúblicas, no conservaron sus individualidades y se integraron a una Federación; vaticinó que Buenos Aires sería gobernada por dictadores militares; que en Perú se mantendría la división entre la aristocracia y los diferentes sectores no privilegiados. Cabría preguntarse: ¿cuántas de estas afirmaciones no resultaron ciertas pocos años después de finalizada la lucha por la independencia de América?

Con Bolívar estamos en presencia del primer gran hombre hispanoamericano que emprende una acción dudando de su alcance y resultados. Y si bien fueron

suyas todas estas opiniones negativas —aunque reales— también fue suya la idea de que con la independencia el pequeño género humano que era la América entraba por vez primera a través de la puerta grande de la historia.

¿Por qué entonces no considerar a Bolívar como uno de los más significativos políticos acaso el más importante y singular de los que intentaron con inteligencia y valor la "Recuperación del Paraíso" de América?

Y no menos que de Bolívar se puede hablar del cubano José Martí quien, sin ser militar, arriesgó su vida y murió en la lucha tratando de recuperar la independencia de la isla de Cuba conquistada por

España 400 años antes y que a fines del siglo XIX aún mantenía bajo su poder.

VI

El siglo XX en América Latina se inicia con la presencia de una nueva potencia mundial. En este caso, los Estados Unidos, que con su desarrollo industrial y económico estaba desplazando de los mercados latinoamericanos a la viejas potencias de España e Inglaterra. En Cuba y Puerto Rico, Estados Unidos intervino en el año de 1898; en Panamá, en 1903, y después, en Santo Domingo, Haití y Nicaragua. El primer cuarto del siglo XX, en Las Antillas y Centroamérica, está asociado con el nombre de Theodore Roosevelt. Primero como coronel de las tropas norteamericanas, y más tarde como presidente de Estados Unidos, invadió a Cuba y Panamá. En política internacional, Roosevelt popularizó varias frases. Una de ellas fue: "speak slowly and carry a big stick". A su manera, Theodore Roosevelt también se inscribe en la lista de personalidades que intentaron conquistar el Paraíso de América. Y si bien no perdió batallas en sus diferentes intervenciones militares, uno de sus hermanos, en Bolivia, a principios del siglo XX, perdió una guerra cuya causa fue el control de la producción de caucho en la zona. El enemigo, en esta oportunidad, fue un aventurero internacional de origen brasileño llamado Luis de Gálvez quien, al

mismo tiempo, arrebató a Bolivia 200 000 kms² de territorio en los que fundó la República del Acre.

Esta singular y poco conocida historia de "Pérdida del Paraíso" ha sido recuperada por la literatura recientemente en una novela del autor contemporáneo brasileiro Marcio Souza, titulada *El Emperador del Amazonas*. Mientras que parte de la historia de "Reconquista del Paraíso" realizada por el coronel Theodore Roosevelt ha sido recuperada para la literatura en una de mis primeras novelas, *La Última Frontera 1898*, en la que, a través del personaje literario de Stephen Crane, quien fuera corresponsal de prensa en Cuba y uno de los mejores escritores del siglo XIX en Estados Unidos, se cuenta la historia secreta de la explosión del acorazado Maine

en la bahía de La Habana que diera lugar de inmediato a la Guerra Hispano-Cubano-Americana.

Es este, pues, uno de los puntos centrales de la presente exposición. La forma en que está siendo posible que, a punto de finalizar el siglo XX, los escritores latinoamericanos recuperen el Paraíso de América y alguno de sus más ilustres y conocidos ciudadanos a través de novelas históricas en las que tanto importa el juego de la fantasía y de la imaginación como la propia reconstrucción de los hechos y las biografías de los personajes.

Me gustaría mencionar, en este orden de cosas, a varios autores que trabajan para lograr la realización de este propósito.

El novelista mexicano Fernando del Paso, quien en su novela *Noticias del Imperio* (re)escribe los amores de la emperatriz Carlota y del emperador Maximiliano en medio de la Guerra de Reforma que tuvo lugar en México durante la invasión francesa. Carlos Fuentes, también novelista mexicano, ha incursionado varias veces en el tema de la recuperación de la historia a través de la literatura en novelas como *Terra Nostra* y *Gringo Viejo*. En Venezuela, el novelista Denzil Romero ha escrito tres novelas en las que mezcla el pasado con la más alucinante visión pos-modernista en seguimiento de la vida aventurera y libertaria de Francisco de Miranda, probablemente el único



latinoamericano que participó en la Revolución norteamericana (1776), en la Revolución francesa (1789) y en la Revolución independentista de América del Sur (1810). Gabriel García Márquez, colombiano, Premio Nobel de literatura (1982), en una de sus últimas novelas, eligió como personaje protagónico a Simón Bolívar. El título de la obra fue *El general en su laberinto*, y en ella, García Márquez ofrece a los lectores una visión personal del libertador, presentándolo en los momentos finales de su vida como hombre cansado, físicamente destruido, que vive en medio de sueños y delirios y que, expulsado de Colombia, debe viajar hasta su Venezuela natal sin conocer si será bien o mal recibido por la nación que el contribuyó a independizar y que ahora es gobernada por antiguos compañeros de lucha que se ha declarado sus jurados enemigos. Mario Vargas Llosa, peruano, novelista del realismo social, sorprendió a críticos y lectores con la publicación de la *Guerra del Fin del Mundo*, novela histórica basada en el libro de memorias *Os sertões*, de Euclides Da Cunha, que trata de la rebelión religiosa de Canudos, Brasil, a fines del siglo XIX. Augusto Roa Bastos, escritor paraguayo, autor de *Yo, el Supremo*, y Alejo Carpentier, autor de *El Recurso del Método*, (re)escriben historias de dictadores latinoamericanos. El primero de ellos, Roa Bastos, en una rigurosa (re)construcción de la época de gobierno de Gaspar Rodríguez Francia, Dictador Vitalicio del Paraguay en el siglo XIX; y el segundo, Carpentier, mezclando figuras como las de

Juan Vicente Gómez (Venezuela), Machado (Cuba) y Porfirio Díaz (México), en algo así como un *melange*, *melting pot* o *poutpouurit* de dictadores.

Por último, quiero finalizar la exposición con una mención del libro y del autor que estimo iniciador de este movimiento de recuperación de la historia mediante la literatura y de "Reconquista del Paraíso de América" a través de la ficción. Me refiero a la novela *Cien años de Soledad*, de Gabriel García Márquez.

Al inicio de la novela, García Márquez escribe. . . "Muchos años después", . . . pero no dice cuántos ni la fecha de inicio de la acción; luego asegura que . . . "el coronel Aureliano Buendía habría de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo". . . pero no ofrece indicaciones de lugar ni de tiempo sólo que pasó hace muchos años, o lo que es igual, un tiempo remoto.

En el párrafo final de la novela, el último de los Buendía, nombrado Aureliano Babilonia, lee el pergamino en el que está escrita

toda la historia de su familia, mientras afuera, en el poblado de Macondo, que sirve de marco a la novela, un viento bíblico destruye casas y amenaza, a él y a todos, con el fin del mundo, es decir, de la historia que lee y de la que al mismo tiempo es protagonista y víctima.

Me parece advertir, al releer el final de la novela de García Márquez, una metáfora sobre la identidad de América Latina y la condición de los hombres y las mujeres latinoamericanos amenazados permanentemente por cataclismos, guerras, revoluciones, dictaduras y destrucciones de todo tipo que podrían transformar el Paraíso de América de una vez y para siempre en un desierto.

Para la mirada de Europa, América fue primero el Otro Mundo; después el Nuevo Mundo; y ahora, tras cinco siglos de historia transcurridos, debemos aspirar a que no se convierta en Mundo del Olvido. Gran parte de esa tarea le corresponderá a los escritores latinoamericanos que asuman como propia la "Recuperación del Paraíso" a través de la literatura •

